

monotonos y graves, no carecen de cierta gracia: un pedazo de caña como de un pie de largo, con tres agujeros a su estremidad que está abierta, y uno solo en la que está provista de un diafragma, componen todo el instrumento. La parte dretetica de un pueblo isleño, saca por lo comun una parte de sus recursos de las producciones marítimas; así es que los otaitianos, cuyo suelo abunda en sustancias fari-  
náceas, tienen un gusto muy decidido por los moluscos y los pescados; pero lo que es muy notable es la costumbre que tienen de comer crudos estos últimos. Los primeros los buscan en los arrecifes, zbullendo á cierta profundidad para desprenderlos de las piedras en que están. Frecuentemente arrojan en el agua la almendra de un árbol que llaman *eoulu* (*baringtonia*), semejante al fruto del manispermo ó coco, y que tiene la propiedad de emborrachar al pescado, que entonces cogen á mano. Tambien emplean una especie de fisga, formada con un largo bambú que tiene puntas de madera y que tiran con mucho acierto. En otro tiempo fabricaban sus anzuelos ó *matuo* con pedazos de nácar puntiagudos atados á un pedacito de madera; los que servian para los pescados grandes, como las lijas ó tollos, tenían la figura de un corchete y estaban unidos á un pedazo de madera muy sólida. El mas ingenioso de todos sus modos de pescar es el que se conoce en su lengua con el nombre de *poreo*, destinado á ir á buscar al fondo los pulpos y otros cefalópodos. Compónese este *poreo* de una vara de madera guarnecida en una de sus estremidades con un gran número de fragmentos de la concha de una porcelana, sujetos entre si y formando un cuerpo a semejanza de huevo que baja al fondo por su propio peso, y que cuando se le agita, produce un ruidito á propósito para atraer á los pulpos, cuyas patas se agarran al momento á aquel sin-

gular aparejo. Tambien se ocupan las mugeres en pescar con redes en los rios.

Muchas veces hemos hablado de la fecundidad del suelo de Otaiti, cuya agricultura se reduce á escavar en ciertos sitios para plantar algunos vegetales. Así es como á veces multiplican los otaitianos sus árboles de pan con renuevos ó brotes radiculares; trasplantan vástagos de plátanos ó gérmenes de coco que preservan de los animales, con un cerco, y cultivan las raíces de *taro* en los sitios pantanosos, en que prosperan. Cada isleño circunda su cabaña con un jardinito que ameniza con bosquecillos de plátanos, de cañas de azúcar y de papayas.

Las costumbres de un pueblo son el resultado de sus instituciones, pero están tambien sometidas á la influencia del clima que habita. Es muy difícil la calificación de estas costumbres, y no es posible fijar las ideas sobre un asunto tan importante cuando solo se ha detenido muy poco tiempo un viagero; sin embargo no hay cosa mas comun, y todos los dias estamos viendo en el siglo XIX que se forma juicio de las naciones en el conjunto de sus costumbres por la fisonomia particular de algunos individuos. Los detalles que daremos sobre la parte moral de los otaitianos no deben apreciarse aqui sino como cálculos superficiales. La influencia del clima, segun hemos dicho, se hace sentir en las cualidades buenas y malas de una poblacion, y donde abundan todos los medios de existencia y son limitadas las necesidades, deben ser suaves las costumbres. Por esta razon viendo los otaitianos en una isla fértil y abundante y bajo una temperatura suave, son generalmente afectuosos é indolentes: al paso que los nuevo-zelandeses, que se les parecen en un todo, lanzados fuera de los trópicos, en un clima áspero y riguroso, son feroces y no respiran mas que guerra. Con todo, los



actos de perfidia que se imputan á los pueblos oceánicos, y de que tantos navegantes han sido víctimas, no son mas que la sombría desconfianza de unos hombres que no ven en los estrangeros mas que enemigos disfrazados de cuyas intenciones deben estar recelosos.

Jamás pasan los taitianos cerca de otros, ó de un estranero sin saludarlo con un agradable *iurana*, que quiere decir la paz esté entre nosotros; ó bien usando las palabras *tayo eoa*, que quieren decir amigo. Son hospitalarios, y jamás hemos encontrado á un isleño en el umbral de su cabaña sin que no convidase á entrar, y sin ofrecer con premura un fruto de pan para saciar el apetito, un coco para apagar la sed y la mejor estera para descansar. Son en extremo complacientes para guiar á los viageros por sus bosques y montañas, y hacerles cuantos pequeños servicios pueden; pero es necesario decir tambien que desde que los europeos han prolongado su residencia entre ellos, parece que han perdido la costumbre del desinterés, y que esperan alguna dádiva en recompensa de sus buenos oficios. La curiosidad es un sentimiento natural en hombres y mugeres, y bajo este concepto se parecen á los antiguos galos. Cuando nos encontraban en nuestras diarias correrias, se complacian en inquirir de donde veníamos, á donde íbamos hombres, mugeres y niños, formando rueda y sentados sobre sus talones, nos rodeaban á veces, nos hablaban con volubilidad y examinaban con la mas escrupulosa atención nuestros menores movimientos.

La religion cristiana que los ministros protestantes han introducido entre ellos no ha ilustrado aun sus entendimientos, pero ha modificado algunas de sus costumbres; la historia de esta religion á que la mayoría de los naturales ha mostrado durante largo tiempo la mayor aversion, las vicisitudes que ha

experimentado, serian muy interesantes, pero no tienen relacion con nuestro asunto: bastará que digamos que tiemblan al oír el nombre de Dios, pero por lo demas son muy poco religiosos. Concurren asiduamente á los templos erigidos en muchos distritos, porque sus gefes ganados por los muchos regalos de los misioneros, los obligaban á hacerlo bajo penas corporales. Se les ha prohibido que en los domingos jueguen, bailen ó se entreguen á cualquier género de diversiones, y por toda indemnizacion se les permite que se reunan y canten en coro algunos himnos traducidos en mal taitiano: y como en general tienen la voz dulce y flexible, su lengua, abundante en vocales, es melodiosa: estos himnos á que se han aficionado, reemplazan sus antiguos cantos, y les sirven de recreacion. Pero los misioneros europeos, enviados al mar del Sur, bajo pretesto de propagar el Evangelio, son antiguos artesanos de miras mezquinas, y por lo comun sin educacion, cuyas ideas se reducen á prácticas minuciosas y ridiculas, pero de ningun modo á doctrinas puras y verdaderamente religiosas. Los taitianos un poco corrompidos ya por el trato con que los convictos que se escapan de Puerto Jackson, y que infestan todas las islas del mar del Sur, se ensayan en el arte de fingir, y nos han dado mil pruebas de perniciosos pensamientos que las ideas europeas hacian germinar en sus corazones.

Uno de los grandes defectos de este pueblo era el robo; pero esta accion jamás se ha mirado entre ellos como prohibida, como sucede entre nosotros. Entre ellos la propiedad era sagrada, pero con respecto á los estrangeros que tumultuariamente se desembarcaban en sus playas tentando su codicia con mil diferentes objetos, no podia mirarse el robo mas que como una burla, y el ladron como entre los espartanos, debia recibir los aplausos de los suyos cuando



habia obrado con destreza. En último resultado, los taitianos son hábiles aun en el día en esto de apropiarse los bienes ajenos, lo cual hacen con el aire mas candoroso del mundo. Por lo comun su conversacion gira sobre asuntos licenciosos. Jamás acaban sobre esta materia; y parece que tienen un placer muy grande en el embarazo, por lo comun fingido, que experimentan las mugeres ó las jóvenes que son objeto de sus picantes majaderias. No sucede lo mismo en punto á satisfacer sus necesidades naturales, pues que se ocultan con toda precaucion. Pero una de sus costumbres mas desagradables, es la de guarnecer los senderos mas estrechos y el contorno de las cabañas con sus escrementos; pero esta porqueria no es la única, y á pesar de cuanto haya podido decirse, no se coliben para dejar salir con estrépito por una ú otra estremidad los gases internos; y por toda política dicen con serenidad *piro piro*, malo.

Uno de sus habituales defectos es la astucia que emplean en hacer sus cambios: el mas listo y fino juicio quedaria engañado, tanta es su arteria y ardid para aprovecharse de todas las circunstancias que pueden hacerles un cambio ventajoso.

Uno de los objetos que deben fijar ahora nuestro exámen es la antigua tradicion religiosa de los habitantes de las islas de la Sociedad; esta materia es tanto mas importante, cuanto que sirve de base fundamental para la filiacion que se puede establecer entre ellos y los demas isleños del Grande Océano.

Por extravagantes y ridiculas que frecuentemente sean las ideas religiosas de los pueblos que están en la infancia de la civilizacion, siempre nos interesan porque nos ofrecen detalles llenos de novedad, que sirven para nuestra instruccion, probándonos hasta donde puede estenderse la singularidad del entendimiento humano. Dios creó á los hombres á su imagen

y estos le pintan con sus vicios y defectos, suponiéndole sus pensamientos y sus acciones.

La cosmogonia de los taitianos se componia (1) en cuanto se la ha podido aprender, de dioses de un orden superior, de dioses poderosos, que en medio del caos debieron el nacimiento á las tinieblas, y que por esto se llamó *Jeihaniu po* (nacido de la noche), y de dioses de un segundo orden que son numerosos aunque á veces no se cuenten mas que nueve. En este orden cada taitiano colocaba á su ángel custodio, su *tii*, y el alma de sus padres, *eatua*, que volteegea sin cesar al rededor de los sepulcros.

Los tres dioses poderosos que debieron la existencia á la noche se llamaban.

*Tane, Te Medua*, el padre, el hombre.

*Oro Matiu*, dios el hijo, el dios sanguinario y cruel (*Tooa tei te myde*).

*Taroa, Manu te hooa*, el pájaro, el espíritu, el dios creador.

Estos dioses, cuyo poder era infinito, no recibian oraciones y ofrendas sino en circunstancias importantes; pero el culto de *Oro* exigia siempre sacrificios humanos. El gran templo de *Jeihaniu* ocupaba un vasto espacio en medio de los bosques, en el distrito de *Pari*, residencia del *erahi rai*, ó rey de la isla.

*Taroa ó Faraa*, cuando tuvo á bien hacer el mundo, salió de la concha que le tenia aprisionado, la cual tenia la forma de un huevo, y con la que él giraba en un espacio inmenso en medio del vacío. Habiendo roto aquella concha, formó la base de la tierra grande (*fenoa nui*), *Taiti*, y las partículas dieron ma-

(1) *A Missionary Voyage to the southern Pacific Ocean; performed in the years 1796, to 1798: in the ship the Duff, commanded by cap. James Wilson: with Appendix 4 vol. in 4.º London, 1799.*



teria para las islas inmediatas; y á medida que iba llegando á viejo unió durante su matrimonio las rocas que forman el osuario, los árboles y las plantas que la cubren, y los animales que viven en ella.

*Tané* se asoció al dios (1) espíritu ó pájaro, y se casó con *Taroa*. Su himeneo fué tan fecundo, que tuvieron seis hijos que vinieron casi juntos. Fueron:

*Avyi*, agua fresca.

*Timidi*, el mar.

*Aua*, los ríos.

*Mate*, el viento.

*Aryi*, el cielo.

*Po*, la noche.

*Taroa* no tardó en dar á luz á *Mahanna*, el sol, que creció rápidamente, y se revistió de las formas de un gallardo jóven que se llamó *Oeroa Tabua*.

Cuando *Mahanna* salió á luz, sus hermanos y hermanas fueron despedidos del cielo, y se establecieron en la tierra. *Aryi* fué solamente exceptuada y *Mate* tuvo permiso de fijarse en el espacio intermedio donde ocasiona las tempestades siempre que experimenta contrariedades.

*Taroa* tuvo por fin una hija, *Toounu* á quien conservó en el firmamento y que hizo casar con *Oeroa Tabua*. Este himeneo fué fecundo, pues llegó á ser madre de trece hijos cuya ocupacion fué presidir cada uno de los meses del año lunar taitiano, que son: *apaapa* (enero), *fria* (febrero), *teeri* (marzo), *tete* (abril), *ovarehu*, *secaahu*, *pípiri*, *aumaunou*, *paroomua*, *paroomui*, *murriaha*, *hiaia* y *tema* (2).

Algunas contestaciones mediaron entre *Toounu* y su esposo. Este abandonó el cielo y se vino á la tier-

(1) Observaciones de los primeros misioneros.

(2) Los taitianos los colocaban de diferente modo. Aquí los hemos puesto según el orden de nuestros meses.

ra donde *Oeroa Tabua* la acompañó: de resultas de sus abrazos con una roca nació *Popohara Hareha*, que concibió á *Tetubu amata hatu*. La roca que había tenido la belleza de una muger jóven recobró su forma natural y *Toounu* murió.

El hijo de *Oeroa Tabua* se casó con las arenas del mar, y tuvo un hijo llamado *Tii* y una hija llamada *Opira*, quienes permanecieron en la tierra, y fueron solos despues de la muerte de sus padres. Se casaron juntos y tuvieron tres hijas, *Ohira*, *Rini*, *Munoo*. Entonces murió *Opira*, y antes de espirar suplicó á su esposo que la curase de sus males; pero él se negó á ello, y se dió prisa á casarse con una de sus hijas tan luego como murió su compañera. *Tii* tuvo de su propia hija tres varones y tres hembras. Los primeros se llaman *Ora*, *Uanu*, *Titovy*. Las hijas son *Hennatonu-Maruru*, *Henaroa* y *Nuuya*. Los varones se casaron con sus hermanas, se esparcieron por la tierra y la poblaron.

Tales son las ideas que los taitianos se han formado de la creacion del mundo, y tal es la fábula que se ha podido obtener de los conocimientos que ellos se transmiten por la tradicion oral, no sin alterarla sin duda. Aun se debe creer que ellos no han podido explicar claramente unas ideas tan oscuras como las que acabamos de trasladar, y que estas deben ser erróneas en muchos puntos.

Los dioses de segundo orden eran nueve. *Tii* solo era temible por su malignidad. Este es el demonio que incita al hombre á obrar mal, y que le agobia con enfermedades y dolencias; por esta razon procuraban los taitianos aplacarle con ofrendas y viveres, y descansaban en su dios tutelar del cuidado de preservarlos de su crueldad. Su poder era mucho mayor en el otro mundo que en este.

Los habitantes de Taiti profesaban el dogma de



la inmortalidad del alma, y tan luego como morian sus parientes, creian que *Taroa* se apoderaba de sus almas al salir del cuerpo, y que se las tragaba con la mira de purificar la sustancia, y de penetrarla de la llama celestial y etérea que solo puede darles la divinidad. Entonces estos espíritus puros, desembarazados de su envoltura terrestre, andaban errantes al rededor de sus sepulcros, y tenian sacerdotes destinados á hacerles ofrendas y apaciguarlas con sacrificios. Estas almas dichosas se llamaban *eatua*, y todo hombre que profanaba con su presencia el recinto de los *morais* ó ceremonias misteriosas de los funerales debia sufrir la muerte. El alma sola de los justos era admitida á participar de la divinidad y llegar á ser *eatua*; el alma de los malos era destinada á los infiernos que tenian su entrada en lo alto de la montaña Papeida, donde hay un gran lago.

En Raiatea, que es otra isla de la Sociedad, cerca del gran receptáculo que es tambien un lago (crater apagado sobre la cima de una alta montaña) pensaban que el dios *Tii* residia en los árboles inmediatos, y desprendia la carne de los huesos de los desgraciados sirviéndose de una concha que estaba deificada. Estaba prohibido comer el molusco de aquella concha bajo pena de muerte.

Segun la opinion de los taitianos las estrellas eran hijos del sol y de la luna, y podian contraer enlaces entre sí; y las estrellas fijas eran las almas ó *eatuas* de estos hijos celestiales.

Todo hombre que habia ofendido á *eatua* debia esperar morir, á no ser que obtuviese su perdon por medio de ofrendas y sacrificios. El poder que se atribuia á estas almas divinizadas era inmenso; durante la noche se divertian en derribar las montañas, amontonar las rocas, cegar los rios, y en dar de este modo pruebas inequívocas de su poder. Sus residen-

cias habituales eran las inmediaciones de los sepulcros, la profundidad de los bosques, la soledad de las gargantas de las montañas. Se les oia murmurar en las aguas, hacer ruido en el follage de los árboles ó voltegear como fantasmas blancas á los reflejos plateados de la luna.

Los taitianos creian en los sueños que se persuadian los inspiraba este *eatua*. Pensaban que su génio tutelar se apoderaba de su alma mientras dormia, la sacaba del cuerpo y la llevaba á la region de los espíritus. Del que daba el último suspiro se decia, *ari po*, va á la noche.

Este pueblo no habia limitado á los dioses y á los espíritus divinizados sus homenajes y su culto. Tambien dirigia sus oraciones á diferentes pájaros, á algunas conchas y á muchas plantas. Las garzas eran sagradas, asi como la arvela, llamada *otartre*. Entre las plantas eran muchas las que gozaban de singular estimacion particularmente una especie de helecho que tenia el mismo nombre de su gran dios *Oro*.

Este culto de las producciones de la tierra procede de la idea que tienen de que la luna tiene países ricos y fértiles, plantados de hermosos árboles cargados de escelentes frutos. Creen que un pájaro de Taiti voló una sola vez hasta aquel lugar, comió de una fruta, y que á su vuelta dejó caer algunas semillas de las que nació un árbol grande que este pájaro está todavia buscando, mientras que ninguno otro le imita.

Pero ademas de estas divinidades comunes á todos los isleños, cada familia tenia tambien sus dioses penates, que ocupaban una parte de la cabaña, en figura de ídolos, cuyas formas eran tan estravagantes como absurdos y ridiculos eran sus adornos. Por lo comun era la imagen de un hombre sentado, cuya fisonomia era disforme. Otras veces era una cabeza



humana terminada por un cuerpo de madera redondo y cubierto de plumas de pájaros de los trópicos. Cuando el rey Pomaré abrazó el cristianismo dió á los misioneros los dioses de la familia real, que figuran actualmente en el Museo británico, y han sido grabados en el *Missionary register*.

Los ídolos, entre todos los paganos, como entre los pueblos en que las artes han llegado á un alto grado de perfeccion, destinadas á reproducir los atributos de la divinidad, han participado siempre entre los primeros de la veneracion que se tributaba al ser á quien representaban materialmente.

Segun los datos que han podido conseguir los misioneros acerca de los ídolos, parece que el primero llamado *Teriapotuura*, estaba destinado á representar un hijo del grande *Oro*, que era protector de *Taiti* y de algunas otras islas de la Sociedad, como *Rorabora*, *Raiatea*, *Taha*, y *Morua*. *Oro* tuvo otro hijo llamado *Tetuamata*, cuyas funciones no son conocidas.

*Temeharo* era dios principal de la familia real de Pomaré; estendia su proteccion á toda la isla de *Taiti*. Esta divinidad tenia por hermano á *Tia* que recibió en lote la isleta *Metea* que estaba bajo su proteccion.

*Tupa* era rey de los vientos; su poder, como el de *Eolo*, tenia por objeto calmar ó irritar las ondas á medida de su antojo, ó con arreglo á las órdenes de los dioses superiores.

Otros ídolos llamados *oro-matuas*, ó *eatuas*, tenian el encargo de recordar la memoria de los parientes difuntos, á cuyas almas se dirigian plegarias por las buenas acciones, ó para conseguir la curacion de las enfermedades.

En fin, seguian los ídolos de los *tii* ó de los genios malos con mas frecuencia invocados que los *eatuas*, é inspirando siempre los malos propósitos y

protegiéndolos; tales eran las dos clases de lares ó dioses domésticos.

El gran sacerdote se servia del *Tahirianau-naeahu*, ó *tahiri* sagrado para arrojar los insectos que van á comerse las carnes que se ofrecen en los sacrificios. El látigo está hecho de fibras vegetales muy secas, y el mango está trabajado con el mayor esmero. Tenemos uno que servia igualmente para los usos fúnebres de los *morais*.

Por lo comun hacian estos ídolos de madera dura que trabajan con proligidad, á pesar de los malos instrumentos que entonces tenian los taitianos. Estaban envueltos en cuerda, y á veces en pedazos de telas blancas, adornados de plumas de garza y de largos mechones. El gusto mas estravagante dirigia su formacion. Cuanto mas antiguos eran, tanto mas veneracion se les tenia, y siempre ocupaban un sitio oculto en la cabaña.

Egercian el sacerdocio hombres de influencia que tomaban el título de *tahuras*, y cuyas funciones misteriosas tenian un poder extraordinario en el ánimo de los isleños. El mismo rey gozaba la consideracion de primer pontífice, y despues de él se distribuian las dignidades mas elevadas entre las demas clases de la sociedad, segun la importancia de las atribuciones.

Dividianse los sacerdotes en dos clases, una de las cuales estaba destinada á las ceremonias de los *morais* y á los grandes sacrificios, y los que eran miembros de ella tenian el título de *tahuras morai*, la otra cuyas atribuciones eran mas secundarias conferia el título de *tahuras des eatuas* á los que presidian en los misterios domésticos y en los intereses subterráneos de los miembros de la sociedad.

Los sacerdotes gozaban en el concepto de los taitianos de una ciencia sobrenatural, como leer en lo futuro, anunciar las voluntades de los dioses, interpre-



tar los sueños, curar las enfermedades mas inveteradas; pedir ofrendas, eran sus atribuciones mas ordinarias y su diaria ocupacion. Honrados y respetados, sus personas eran sagradas en los combates; porque estos Calcas, á egemplo de los antiguos sacerdotes de Marte, unian el incensario y la espada, y despues de haber peleado en un campo de sangre y carniceria, dirigian á los dioses las oraciones de la tribu victoriosa.

Truhanes atrevidos, prestaban á los dioses voluntades atroces y sanguinarias. Prosternados mucho tiempo sobre la losa funebre del *morai*, recibian las ofrendas de los fieles consistentes en frutos de la tierra, en gallinas, pescado, perros y aun puercos, y los colocaban en el altar de *Oro*, esperando que tuviese á bien desechar aquellos dones ó aceptar las primicias. Pero en todas las circunstancias un poco serias, bien fuese necesario atacar ó rechazar á un enemigo, bien conjurar enfermedades, hambres ú otras calamidades públicas, entonces el *tahura*, triste y silencioso, rechazaba con horror los dones que el rey depositaba sobre el altar del dios de sus padres, y rompiendo en fin el silencio que guardaba, amenazaba en nombre de la divinidad á la isla entera con los mayores desastres si inmediatamente no hacian humear el pavimento del *morai* con la sangre de víctimas humanas. Dios está irritado contra Taiti, decia al rey y á los gefes; es menester que cuanto antes aplaqueis su cólera y obtengais el perdon.

El rey, frecuentemente, designaba al hombre que debia servir de víctima espiatoria; pero cuando no queria participar directamente en la muerte de sus vasallos, enviaba á los *ratiras* y á los *tavanas*, gefes de los distritos, una súplica que les indicaba lo que exigia de ellos y que destinasen para el sacrificio un hombre de su eleccion. En las grandes ceremonias

era muy raro que el rey dejase de espedir á diversos puntos muchas piedras, y el número de las desgraciadas víctimas aumentaba la solemnidad de la fiesta impia que se consagraba á los dioses.

Casi siempre se sacaban estas ofrendas humanas de la clase del pueblo; solamente en circunstancias raras se sacrificaban mugeres embarazadas; y aun se dice que los gefes y el rey tenian cuidado de escoger individuos que sin amigos ni parientes, no excitasen el sentimiento de nadie, y cuya muerte no pudiese ocasionar turbulencias. Con frecuencia se reservaba tambien esta especie de venganza pública para aquellos que se habian señalado por su carácter turbulento ó por delitos.

En medio de las sombras de la noche se cercaba la casa de la víctima; la llamaban y apenas ponía los pies en el umbral de la puerta cuando la mataban. Otras veces se arrojaban sobre él hombres fornidos, y entonces el paciente resignado con su suerte, y aun religioso adorador del dios que ordenaba su muerte, hacia lo que los taitianos llamaban *tipapa*, esto es, que se echaba y esperaba tranquilamente el macanazo que le rompía el cráneo. Pero las odiosas divinidades que inspiraron á los taitianos, dulces por carácter, tan bárbaras supersticiones, no se limitaban solamente á ver regar las gradas de los *morais* con sangre humana, sino que les inspiraban la resolucion de ejecutarlo; les subyugaba su sacrilega coquedad al espantoso culto de *Oro*, que el incienso mas puro, que las ofrendas mas apreciadas de los dioses, eran las angustias del dolor, los tormentos de un ser que padecia, y la largaagonia de un desventurado que luchando con tormentos que se reproducian sin cesar hasta que una muerte vivamente esperada venia á libertarle de ellos. Asi las víctimas atadas á los árboles de los *morais*, llenas de heridas que les



hacian con palos puntiagudos, cubiertas de heridas mortales, espiraban con lenta agonía exalando á los cielos gritos de dolor y de rabia.

Tambien ofrecian frecuentemente los niños en holocausto, y no puede concebirse la barbarie con que los taitianos trataban á aquellas inocentes criaturas. ¡Cuán poderosa es la palanca de la supersticion para trasformar en cosas sagradas las acciones que la simple moral condena como atrocidades!... Espuestas las criaturas encima de los *morais* las estrujaban sobre las piedras de los escalones. Esparcidos sus restos se suponía que servian de alimento á las almas encerradas debajo de aquel sepulcro. Otras veces les ataban al cuello y á las orejas una piedra gorda y los arrojaban á la mar ó en los rios inmediatos; y los padres se regocijaban de su muerte como si la dicha de sus hijos estuviese asegurada para siempre en una vida futura por haber servido de ofrenda á la cólera de Oro. Tales eran las sangrientas ceremonias que los taitianos practicaban (1) frecuentemente con bárbara solicitud, y aun se dice que cada mes se veian los preparativos de una fiesta de esta clase. Despues de los sacrificios envolvian á las victimas en hojas decocotero, y las colgaban de las paredes de los *morais*, ó las suspendian en las ramas de los árboles inmediatos. A los niños los adornaban con collares y otros objetos que se tenian despues por sagrados. Los cadáveres se quedaban asi al aire hasta que se cayesen podridos á pedazos, ó servian de alimento á los animales inmundos que atraía el olor; de manera que su última sepultura era el estómago de un puerco, de un perro ó de un ave de rapiña.

(1) Dícese que no habia mas que ochenta años que habian adoptado esta costumbre sangrienta de la isla de Raiatea.

Los *morais* que han descrito Cook, Wilson y otros, estaban formados con piedras de coral de un volúmen á veces enorme, amontonadas en regla formando gradas. Estos *morais* tenian grandes proporciones, y servian de sepultura para los reyes ó grandes personajes y se consagraban á las diversas clases de dioses. Los taitianos han probado que conocian perfectamente la impresion que podian hacer en el ánimo del vulgo unos sitios consagrados de este modo, rodeándolos de fábulas, de espectros que llenaban de terror á los que se acercaban, yaun en la actualidad, á pesar de estar convertidos, temen todavía acercarse á aquellos sitios que no visitan sin temor, y en los cuales cuentan las historias mas absurdas. Esto es á lo menos lo que hemos visto y experimentado quando visitamos, asistidos por dos guías, las ruinas del gran *morai* real de Pari.

Los altares homicidas de los *morais* estaban siempre situados en puntos retirados en medio de los bosques, debajo de espesillos de verdor formados por el gigantesco *eyto*, el árbol de los recuerdos y de los muertos (*casuarina* con hojas de cola de caballo), bajo el sombrío follage del *tamanu* (*calophyllum*), de los *hautu* (*baringtonia*), y de los árboles de pan; anchas fajas guarnecian de guirnaldas aquellos templos rústicos, análogos á los que regaron nuestros padres con su sangre, bajo el cuchillo de los druidas.

Las ceremonias se hacian solamente por las tardes en el momento en que el crepúsculo empezaba y despedía una claridad vacilante y moribunda sobre la escena, que un pueblo inmenso presenciaba cuando la naturaleza de la fiesta lo permitia; pero á que solo asistían los iniciados cuando debían hacerse ofrendas misteriosas. Entonces; ¡desgraciado del que casualmente pisaba aquel recinto! pagaba con la vida la falta que involuntariamente habia cometido.